

Sin pérdida de tiempo ve á avisar al cacique, y dile que se presente con los indios más principales que le acompañan.

Juan de Torres, que estaba profundamente conmovido, se apresuró á satisfacer los deseos de su jefe.

Cuando llegó el cacique con sus dignatarios, acudiendo al llamamiento de Hernan Cortés, estaban formados los españoles, y su jefe, mirando con arrogancia al cacique:

—Os he llamado para que me lleveis al adoratorio, para ver si es verdad lo que me acaban de referir.

El cacique y los que le acompañaban no tuvieron más remedio que obedecer.

Hernan Cortés, con los indios, sus capitanes y algunos soldados, llegaron al adoratorio.

CAPITULO LXII.

Destruccion de los ídolos.



ALARMO á los sacerdotes la presencia de los extranjeros con los caciques.

La actitud hostil de los soldados de Hernan Cortés, hizo comprender á los butíos que peligraba su religion, y sin oír siquiera las fuertes amonestaciones que empezaba á dirigirles el caudillo de los españoles, abandonaron el templo, se diseminaron por la ciudad, y alarmando á los indios con la noticia de que sus huéspedes iban á destruir su religion, los convocaron para que acudieran con armas á oponerse á aquel horrible atentado.

Miéntas Hernan Cortés increpaba al cacique por los horrores que presenciaba, miéntas que le decia: «sois unos miserables indignos de la proteccion que os dispense. Creéis que adorais á vuestros dioses, sacrificando á infelices víctimas en holocausto de vuestros falsos ídolos? Es una iniquidad que no consiente, que debe acabar para siempre;» los indios, excitados por los sacerdotes, fueron reuniéndose en los alrededores del templo, y no tardaron en avisar á Hernan Cortés la actitud hostil en que se colocaban.

Inmediatamente mandó que dos capitanes se apoderasen del cacique de Zempoala, y que los demas soldados custodiasen á los indios que estaban en el adoratorio.

Saliendo, en efecto, á la puerta del templo, se convenció de que los indios, instigados por los butíos, estaban resueltos á no consentir que se ultrajase á sus dioses.

El momento era crítico.

Hernan Cortés comprendió que si no empleaba toda su energía, podía perder cuanto había ganado hasta entonces, y después de hablar con Marina, ésta en nombre del caudillo español dijo á los indios:

—Hernan Cortés, vuestro señor y dueño, me manda deciros, que en el momento en que dispareis una sola flecha, degollará al cacique que tiene en su poder y los demás zempoales que le acompañan.

Después, para castigar vuestra osadía, mandará que los soldados arrasen á sangre y fuego la ciudad, hasta convertirla en escombros.

Estas palabras estremecieron á los indios, y no tardó en pintarse en su rostro el más espantoso terror.

El cacique que se vió aprisionado:

—Dejadme, dejadme salir, dijo, para contenerlos.

Y presentándose á sus vasallos entre dos soldados que le custodiaban:

—Abandonad las armas y retiraos, dijo. Ved que si no, vuestra desobediencia va á matarme.

La intimación de Hernan Cortés y las súplicas del cacique bastaron á salvar el conflicto.

Como heridos por el rayo, desaparecieron los indios armados, y Hernan Cortés quedó en el adoratorio con el cacique y su séquito, preparándose á llevar á cabo su propósito.

—Llamad á los sacerdotes, dijo.

Dos indios salieron á cumplir esta orden, y poco después volvieron acompañados de los butíos, que no podían ocultar el pavor de que se hallaban poseídos.

—Tranquilizaos, dijo á todos.

Y variando de tono:

—No es vuestra la culpa si hasta ahora no habeis podido conocer al verdadero Dios.

Harto desgraciados habeis sido, viviendo tanto tiempo sin ver un rayo siquiera de la hermosa luz que difunde en el mundo la Divinidad.

Yo os compadezco.

Yo, que he tenido ocasion de conocerlos, os estimo.

Deseo iluminar vuestra inteligencia.

Los butíos y caciques, y cuantos indios se hallaban presentes, escuchaban con mezcla de curiosidad, de tristeza y de miedo aquellas palabras, que ejercian más influencia sobre ellos, por la misma razon de que las pronunciaba el caudillo con cariño, con benevolencia, hasta con lástima de los que las oían.

—¿No os he dado ya pruebas de que soy vuestro amigo?... Que responda por todos Ilaiban.

—Sí, sí, contestó el cacique.

—Pues bien, continuó el caudillo; ¿no habeis visto cómo siendo tan escaso el número de mis soldados, hemos vencido á numerosos ejércitos?

¿Por qué razon, yo, que hubiera podido someteros á mi voluntad y esclavizaros, en vez de obrar de esta manera, despreciando mis fuerzas, he buscado vuestro afecto y os he dado señaladas muestras de mi amistad?

¿No quiere decir esto que combato á los fuertes y perdono á los débiles?

¿No os parece esta la doctrina que puede hacer más felices á los seres humanos?

—Sí, sí, exclamaban todos.

—¿Creeis por ventura que ese cielo que veis, que esas hermosas campiñas cubiertas de verdura, que esos árboles que crecen, que nos brindan frutos deliciosos, que esas aves que cantan en los bosques, que esos arroyuelos que corren por la pradera y fertilizan la tierra, que todas esas maravillas de la creación que estamos acostumbrados á ver todos los días, pero que no por eso dejan de entusiasmaros, que nos hacen creer en el Sér

Supremo? ¿pensais vosotros que todas esas grandezas pueden producir las esos horribles mónstruos de piedra y barro á quienes adorais, y en cuyas aras sacrificais á vuestros hermanos?

Los indios no se atrevian á responderle.

—Yo estoy completamente decidido, añadió Hernan Cortés, á poner fin á esos sacrificios inhumanos, á destruir los falsos ídolos á quienes ciegamente adorais.

Subid vosotros mismos las gradas que os separan de los pedestales en donde los teneis colocados.

Arrojadlos de allí, convertidlos en polvo, porque os han engañado; y sobre las ruinas miserables de la idolatría, levantad el altar de la verdadera religion, porque de esta manera asegurais vuestra felicidad.

Esta proposicion alteró la sangre en las venas de los indios.

—No, no, diijeron á pesar suyo.

—Obedeced.

—No, no, añadieron, arrastrándose por el suelo é implorando piedad.

—Obedeced, insistió Hernan Cortés.

—Antes nos dejaremos hacer pedazos, exclamó el cacique, que poner nuestras manos en los dioses.

Hernan Cortés fijó en ellos una mirada penetrante, mientras que pensaba era demasiado el sacrificio que exigia á aquellos hombres.

—Bien está, dijo de pronto; comprendo que no querais vosotros mismos ultrajar á esas falsas deidades que hasta ahora habeis adorado. Pero mis soldados las destruirán.

—¡Piedad! ¡Piedad! exclamaron.

—No puede haber piedad para la idolatría.

Y dirigiéndose á los soldados que estaban en torno suyo, no ménos admirados de aquella escena:

—Arrojad á esos miserables ídolos, exclamó, y que no quede rastro de ellos.

—Es inútil, exclamó Ilaiban; no les deis esa órden.

En cuanto se acercasen á nuestros ídolos, quedarian anonadados, porque su poder es inmenso.

—Lo veremos, añadió Hernan Cortés; subid pronto y ejecutad mis órdenes.

Veinte soldados subieron las gradas del altar y arrojaron al suelo los ídolos, que se convirtieron en mil pedazos; y tanto aquellas figuras como los instrumentos de la adoracion, fueron completamente destruidos.

Más de cinco minutos duró un silencio sepulcral en el adoratorio.

Los indios no se atrevian á alzar los ojos.

Algunos exclamaron:

—¡Ah! ¿Qué es esto?

¿Es posible que hayan podido más los extranjeros que los dioses?

—¿Creeis ahora en mis palabras? preguntó Hernan Cortés.

—Sí, sí, dijeron todos.

—Sois más poderosos que nuestros ídolos, añadió el cacique.

Es indecible el dolor que se apoderó de su alma.